

## Prólogo

Existe una extraordinaria variedad de concepciones de la poesía lírica: las que proceden del corpus occidental, del oriental y de los otros corpus. Y dentro de cada una de estas líneas hay a su vez una incontable cantidad de concepciones distintas: por ejemplo dentro de la lírica "occidental", la lírica griega, latina, medieval, renacentista, moderna y contemporánea. Por su lado, dentro de la propia lírica occidental moderna y contemporánea existe un enorme abigarramiento de concepciones. En suma, las concepciones de la lírica varían mucho según la época y la región o país.

Martín Adán, pseudónimo con el que llegó a ser conocido Rafael de la Fuente Benavides (Lima, 1908-Lima, 1985), publicó entre 1927 y 1928 poemas de forma libre y otros de forma tradicional, a los que José Carlos Mariátegui bautizó como "anti-sonetos". Pero desde el principio Mariátegui y Luis Alberto Sánchez hicieron notar que, "en medio de una estridente expresión de desorden", había en Adán desde el comienzo "una tendencia espontánea al orden" (L.A. Sánchez). Lo recuerda Luis Monguió en su estudio *La poesía postmoderna peruana* (Méjico: FCE, 1954) para destacar cómo desde el inicio vanguardista de Adán su sentido de la forma fue creciendo e

imponiéndose hasta brillar, espléndido, en su Travesía de extramares (1950) (pp. 167-168), que alberga una poesía de corte metafísico o, mejor, metafísico-místico. De allí que Mirko Lauer haya podido escribir con justeza que, entre los muchos caminos de la obra adaniana, hay dos vías fundamentales: la “cunda”, zumbona o pícara de sus primeros textos, y la “metafísica” o “mística”, donde el poeta dialoga con una fuerza o instancia trascendente a él (“Martín Adán: Mano asida al absoluto”, en Amaru. Lima, N.º 9, marzo de 1969: 44). Aún más: según Monguió en algunos de los poemas de la segunda vía Adán aspira a tomar el lugar del propio Dios intentando transmitir la experiencia del momento mismo de la creación (Id. 171).

José Miguel Oviedo sostiene que los cincuenta y un sonetos de Travesía de extramares (Sonetos a Chopin) son los más perfectos y enigmáticos escritos en el siglo xx:

Su perfección consiste en el ajuste exacto entre sonido, concepto e imagen en cada una de sus líneas; están compuestos como en un trance extático ante la visión de la eternidad... Aunque el sabor de estos versos es decididamente barroco-conceptista (con algunas notas parnasianas) y aunque su registro retórico es muy reconocible (retruécanos, aliteraciones, arcaísmos, cultismos etc.) estos sonetos están lejos de ser puros ejercicios de poesía tradicional o una especie de “arqueología lírica” sin conexión con nuestro tiempo. Lo que hace Martín Adán se parece un poco a lo que vemos en la poesía de Jorge Guillén: formas de extraordinario vigor desgarradas desde dentro por un sentido agónico, por un tácito descreimiento de lo mismo que parece afirmarse. El arte es un ejercicio trágico que se refleja bien en el arquetipo de la rosa: inútil suma de la perfección, banalidad del impulso humano por llegar más allá, muerte en vez de eternidad. Travesía... fue su respuesta insólita al dilema que lo colocaba entre dos opciones: la tradición y la vanguardia” (Historia de la literatura hispanoamericana. 2. Postmodernismo, Vanguardia, Regionalismo, Madrid, Alianza, 2001: 414).

En realidad, el cultivo de la poesía metafísico-mística no sólo se lo encuentra en la tradición occidental (por ej. en la poesía española con Fray Luis de León, Santa Teresa o San Juan de la Cruz: o en la alemana con Maister Eckhart, Tauler, Suso y otros, y en el siglo xx con Rainer María Rilke), sino que había llegado impuesto a nuestra literatura colonial desde sus inicios con Diego Dávalos y Figueroa, la Anónima y otras figuras posteriores. Martín Adán lo sabía perfectamente, pues había escrito al respecto en su tesis *De lo barroco en el Perú* (1938) —aunque no tome en cuenta a Dávalos y Figueroa.

Andrés Piñeiro es un destacado ex alumno de la Escuela de Filosofía de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, que antes había publicado el poemario *Diótima de Mantinea* (Lima, Dedo Crítico, 1997). En el texto que prologamos, que fue su tesis para optar el título de Licenciado en Filosofía en la Facultad de Letras sanmarquina, ha elegido estudiar precisamente el poemario más difícil de Adán, *Travesía de extra-mares*, como un medio de adentrarse en la poética de este periodo de nuestro autor. Para ello analiza los ocho sonetos que Martín Adán tomó de su poemario anterior *Sonetos a la Rosa* (1931-42) que integran un núcleo del libro de 1950. Su lectura logra poner en claro que por estos sonetos desfilan una serie de términos de la tradición judeocristiana: sacrificio, angustia, experiencia visionaria, lo inefable, la vida como un valle de lágrimas, etc.

Pero, ¿cómo puede operar Adán con todos estos términos a mediados del siglo xx y, más precisamente, en el Perú de esta época? Con respecto a esta pregunta, Piñeiro introduce con toda pertinencia el concepto hegeliano de “conciencia desventurada” a fin de hacernos comprender la respuesta que ofrece (que encarna) el poeta Adán. “Conciencia desventurada” era la expresión que Hegel había acuñado para caracterizar la conciencia cristiana profundamente escindida entre su plena

adhesión a una realidad inmutable y trascendente y su dolida comprobación de su dependencia de una realidad cambiante y terrena. En estas circunstancias la conciencia se dividía entre su afirmación de lo Absoluto, al que proyectaba a un mundo del más allá, y la contingencia comprobable en torno suyo y en sí misma. Se trata de una conciencia trágica, pues el dilema existente al tener que elegir entre una de estas dos instancias es insuperable: de allí el desgarramiento y la angustia.

Explicado lo anterior se ve rápidamente el acierto de Piñeiro al aplicar el concepto hegeliano de la "conciencia desventurada" al estudio del caso de Martín Adán en Travesía de extramares: la conciencia del poeta que mantiene su adhesión a Dios o lo Absoluto no podrá ser en el mundo moderno sino infeliz y trágica, a sabiendas de que la escisión es irresoluble. Con un giro vallejiano: que su reino es de otro mundo, pero a la vez de éste.

Cuando en los años 70 del siglo pasado llegó a nosotros el posestructuralismo, demandó que la crítica literaria debía ser puramente inmanente al texto y que debía renunciar a incursionar en cualquier ámbito trascendente al mismo. Para analizar Travesía de extramares, este procedimiento es inviable, a no ser que se quiera permanecer en la epidermis del poemario y limitarse a enunciar una serie de observaciones superficiales. En este sentido, más allá del logro del trabajo de Piñeiro al estudiar la presencia de la tradición judeocristiana en Travesía... y al aplicar el concepto hegeliano de la "conciencia desventurada" a su análisis, tiene este otro mérito de haberse atrevido a internarse en las profundidades del libro.

Por otro lado, el caso de Adán en Travesía de extramares me parece paradigmático, porque muestra muy bien una línea de nuestra poesía, línea que está penetrada por la tradición platónica y cristiana a partir de Diego Dávalos y Figueroa y la Anónima. Esa parte de nuestra poesía puede vérsela como una

literatura trasplantada de Occidente, tal como sugería Octavio Paz. Mas no es la única línea de la poesía peruana que tiene también una veta no-occidental —al igual que la poesía mexicana. Es que, como Antonio Cornejo Polar nos enseñó, la literatura peruana es una variedad de las literaturas heterogéneas.

Lima, 16 de diciembre de 2002  
David Sobrevilla Alcázar

